

Nicolás Castellanos

Al servicio de los pobres en Bolivia

José Cervantes*

Nicolás Castellanos Franco es el Obispo de Palencia que hace trece años dimitió para irse de misionero a Bolivia. Actualmente es Presidente de la Fundación "Hombres Nuevos", la cual lleva adelante múltiples proyectos de transformación social y cultural, junto a la evangelizadora en el barrio del Plan 3000 de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia. Allí vive en la pequeña Fraternidad de Hombres Nuevos, compartiendo la vida con los más pobres de Latinoamérica. En 1998 mereció el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia y ha publicado varios libros dedicados a su trayectoria y a su proyecto misionero, entre los cuales destaca: "Utopía y Realidad: Hombres Nuevos" (2000).

En esta entrevista con él queremos presentar a la persona de Nicolás, su trayectoria como Pastor en la Iglesia actual, su opción radical por los pobres en el Tercer Mundo y su talante eclesial y evangelizador así como el proyecto de Hombres Nuevos en el que actualmente está trabajando en Bolivia.

I. UNA VOCACIÓN DE SERVICIO

¿Podrías contar cómo nació tu vocación religiosa y sacerdotal?

Creo que se lleva en los genes; además, el ambiente te provoca, la familia te marca, y de ahí se consiente fácilmente en la llamada de Dios, que siempre anda por medio y se va descubriendo poco a poco, hasta que forma cuerpo y orienta tu vida. Empecé bachillerato en los Agustinos de León. Me identifiqué con varios formadores, sobre todo con el P. Modesto Santamarta, y eso me inclinó por los agustinos.

**Profesor de Teología Bíblica y misionero. Murcia y Bolivia.*

¿Cómo reaccionaron tus padres ante tu respuesta religiosa?

Mi madre Ángela siempre tuvo ilusión por tener un hijo sacerdote y nos lo decía. Ella era feliz con mi decisión. Mi padre Severiano, que falleció a los 100 años, se mostró más crítico. Me dijo: "Mira, Nicolás, elige lo que quieras; sólo te indico que, a la fuerza, no seas sacerdote. Si dejas el seminario, sabes que puedes hacer una carrera universitaria, como tus hermanos Demetrio y Hermógenes". Ellos fueron médicos. Hermógenes falleció en accidente de carretera, en el mismo año que me nombraron obispo de Palencia, en 1978.

¿Qué valoración haces de tu vida en el seminario de los agustinos?

Cada seminario –como cualquier institución– es hijo de su tiempo. Esa marca disciplinaria, austera, a veces impositiva, coercitiva, en los agustinos se suavizaba significativamente con el talante abierto, liberal y amistoso, herencia de san Agustín: *Amor meus pondus meum* ("Mi amor es mi peso"). Predominaba la pedagogía de la amistad.

¿Quiénes han sido tus maestros más significativos?

Reconozco que algunos formadores agustinos, P. Florentino Díaz, P. Miguel García, Modesto Santamarta, Emilio San Román, Teódulo Asensio, Leonardo González y sobre todo, el P. Agustín Liébana, en mis últimos años de teología me dejaron una impronta y una huella imborrable. Las resumiría en estos parámetros: Relación personalizada de amistad, de diálogo, de confianza...; afán de superación; motivaciones profundas desde Jesús de Nazaret, remarcando mucho su humanidad. (Recuerdo que nos decía Agustín Liébana, enamorado de Jesús, que no consta en los Evangelios que se riese el Señor Jesús). Formaba parte del entorno de nuestra vida, el ámbito y la tarea de las misiones.

En otra línea, mis maestros gradualmente descubiertos, han sido... Jesús. Tiene una explicación; en el medio agustiniano siempre se nos indicaba que "sólo enseña el maestro interior", Jesús, como expresa san Agustín. En la vida de san Agustín se lee que los libros que no citasen a Jesús se le caían de las manos. Leí y medité asiduamente a Fray Luis de León, agustino, que siempre repetía: "Jesús, al fin, es Jesús".

No sé si es muy osado afirmar que tuve por maestros a todos los próceres de la literatura. En los tiempos del Seminario Mayor, en el monasterio de La Vid, en Burgos, leí y saboreé todas las grandes obras de la literatura universal, empezando por la Biblia y el Quijote, que leí completos.

Ocupa un lugar destacado el P. César Vaca, agustino, con su libro *Guía de Almas*, que fue el manual de espiritualidad renovada de los sacerdotes y religiosas/os de las décadas del 40, hasta el Concilio Vaticano II (1965). Ahí empecé a descubrir cómo el religioso o el presbítero tiene que ser contemplativo en la acción y activo en la contemplación. Me resultó muy interesante unir la psicología con la palabra de vida y la praxis pastoral.

*¿Quiénes son los grandes pilares de tu formación?
¿Cómo han incidido en tu vida?*

Volviendo la mirada atrás, descubro unas constantes, que han incidido poderosamente en mis visiones, actitudes existenciales, posturas ante la vida y modos de plantearme el arte de vivir. Tienen mucho que ver con los planteamientos humanos, sociales, religiosos, que han atravesado, como ejes troncales, todo mi ser y quehacer. Los resumiría en los siguientes:

Ante todo, formación y madurez humana. En mis tiempos de Seminario Mayor se nos repetía una afirmación de Pío XII: "Antes que sacerdote, hombre, persona humana". En mí caló hondo, me marcó. Siempre he sido un obsesivo de la madurez humana, del desarrollo de la capacidad alocéntrica, superando el egocentrismo, en el que nacemos todos, y muchos no salen nunca de sus nebulosas, que les tienen subidos en lo hondo del EGO, clavado en lo profundo de la espiral.

En mi larga experiencia de 70 años de vida constato que la mayoría de los conflictos, agresividades, problemas... radican en falta de madurez y de actitudes alocéntricas. Éste es el primer pilar y eje en mi formación y vida.

Pasión por Jesús y Pasión por la justicia y opción por los pobres. Constituyen dos constantes en vida, desde niño. En mi pueblo, Mansilla del Páramo (León), siempre me ponía del lado de los excluidos entre los chicos, porque eran nuevos, inmigrantes o porque eran más pobres. Esto lo aprendí en el hogar de mis padres, que siempre acogían a los pobres. En el Seminario me apodaban "el Padre Pitillo", porque siempre andaba con los desheredados y maleantes, gitanos...

Estas dos pasiones por Jesús y la Justicia en el mundo han ido tomando cuerpo en mi existencia, hasta llegar a ser las grandes opciones de mi vida. Lo fueron cuando dirigí el Seminario Menor de los Agustinos en Palencia, los cinco años de provincial de los agustinos, los trece años de Obispo de Palencia (1978-1991) y los también trece años que llevo trabajando en la base misionera y evangelizadora.

Desde esta realidad no se puede entender la vida de otra manera. Pero cuando esto se hace desde el prisma de la FRATERNIDAD y de la AMISTAD tiene otro calado, otra dimensión, otra intensidad: las cruces terminan siempre en mañana florida de Pascua, la esperanza suprime el miedo y siempre triunfa el amor y se hace accesible la felicidad. Dios nos quiere felices y tenemos que ser felices para hacer felices a los demás. Éste es el otro pilar y eje existencial en mi formación y en mi "Weltanschauung", como dicen los alemanes.

¿Cómo valoras tu paso por Roma?

Estamos en los años del Preconcilio y el anuncio del Concilio Vaticano II (1962). En las propuestas conciliares vi confirmadas mis visiones. Lo que venía intuyendo desde los años del Seminario, ahora se plasmaba en unas realidades fecundadas de cambio, de renovación, de un retorno a las fuentes del evangelio, del anuncio del Reino, de

una eclesiología de comunión, de una lectura humana, social y creyente de los signos del tiempo.

Eran tiempos de un nuevo Pentecostés en la Iglesia. Eso lo viví en Roma desde 1959 hasta 1962.

El paso por la universidad salesiana me dotó de un bagaje intelectual, pedagógico y de espiritualidad, que junto con mis viajes por Europa, en los veranos, me dejaron un talante, unas actitudes profundas, una manera de ser, de ver el mundo, de actuar, que me convirtieron al Dios de Jesús, según la lectura creyente y actual de la Biblia y al Dios de la vida, que siempre opta por los empobrecidos, los excluidos, los que no tienen voz y siempre están a la cola en todo.

¿Qué momentos destacarías como hitos en tu vida?

Serían las presencias significativas del Señor. Cito algunas:

De niño y adolescente, me sentí muy querido por mis padres, hermanos, compañeros de escuela, en el pueblo. Me sentía querido y me podía el afán de superación, de crecer, de ser más.

Mi entrada en el seminario. Me gustaban las chicas, renuncié con alegría y me fui decidido al seminario. Y desde entonces siempre seguí la opción vocacional ministerial.

Mi ordenación presbiteral. Fue como nacer de nuevo y ver la vida como un reto, en el que vale la pena dejarlo todo, por seguir al Señor, sin abandonar la amistad con amigos y con amigos.

Ser Pastor y Obispo, hermano entre los hermanos, el servidor de la comunidad, el hombre de la escucha paciente y alegre, el Pastor de las mil presencias de aliento, de ánimo, no para juzgar sino para caminar juntos, ofrecer confianza y saber que la casa del Obispo era la casa de todos, las 24 horas del día. Desde ahí fue apasionante ser pastor con mi comunidad diocesana de Palencia y con toda la Iglesia Universal en comunión dialéctica con el sucesor de Pedro.

Y ahora ser compañero de los pobres, luchar con ellos para que la pobreza deje de ser la ignominia de la humanidad y se cumpla el mandato del Maestro: "Los pobres son evangelizados", desde la promoción integral.

Si pudieras rehacer de nuevo tu trayectoria formativa, ¿qué elementos incorporarías?

Considero válido el cuadro de opciones, visiones, actitudes, proyectos... En cambio, introduciría una dosis fuerte de conversión, sobre todo en el modo de realizarlo... Hay mucho barro, fragilidad, pecados de omisión, de falta de amor; más solidaridad, más humildad, dejar más campo a Dios, estudiar y dedicar más tiempo a la lectura de la Palabra de Dios.

Dejar espacio a la duda, a los otros, a los pobres. Tendría que cambiar muchos modos personales que hieren, que hacen daño a los demás. Siempre he tenido grandes apasionados amigos, admiradores, seguidores y también algunos, no muchos, que no me pueden ver; por ejemplo, organicé una Asamblea Presbiteral, de todos los sacerdotes de la Diócesis de Palencia –creo que es la primera que se ha hecho– y, de 250 sacerdotes, participaron todos menos 14. Razón, la convocaba Nicolás.

¿Qué dimensión de la vida sacerdotal te ha abierto a una realización más plena como persona y como creyente?

Son varias. Me detengo en alguna más significativa: el acompañamiento y relación personalizada con los demás. Ésta ha sido para mí la clave y la más gratificante. Ahí descubres que ha valido la pena haber renunciado a tener unos hijos para dedicarte a los hijos de los demás. En mi vida sacerdotal, me he encontrado con madres que me dicen con cariño y admiración: Veo que tiene más confianza contigo, que conmigo, que soy su madre. Practicar el arte del acompañamiento es una de mis opciones profundas. En esta perspectiva vivo la celebración de la penitencia y reconciliación.

El encuentro diario prolongado con el Señor, donde encuentro paz, alegría, felicidad, perdón y eso mismo puedo ser yo para los demás. Para mí el encuentro con Dios en la contemplación y meditación es estreñar vida todas las mañanas.

Las relaciones en comunidad, participación real, de entrega a fondo perdido a la gente, especialmente a los pobres, hechas encuentro humano, teologal, solidario, humanizador, evangelizador y evangelizado, me han resultado siempre muy gratificantes y de realización plena. Sólo me duele el hacerlo sin caridad. Lo que me falta a mí, tengo la seguridad que lo pone el Espíritu.

II. LA TRAYECTORIA DEL PASTOR

Te ordenaste sacerdote en 1959, y muy pronto vino el concilio Vaticano II. ¿Cómo viviste ese momento de la Iglesia?

Me parece que ya contesté antes, sólo añadido algo. Se respiraba aire nuevo y fresco. Juan XXIII confesó: la Iglesia huele a viejo, abramos la ventana para que entre el aire fresco. En toda la Iglesia se respiraban aires de renovación, de esperanza. Pablo VI nos invitó a todas las comunidades a entablar el diálogo dentro de la Iglesia y de la Iglesia con el mundo... Era como dejar la religión del miedo por la celebración festiva del amor. Nacían las nuevas comunidades del Resucitado, las Comunidades Eclesiales de Base, las presencias religiosas, sacerdotales, laicales en los barrios marginales. Se respiraba el espíritu y soplabla fuerte desde la colina del Vaticano.

Recuperamos la utopía del Reino y salimos ilusionados por los caminos del mundo. Fue la época de los grandes obispos, teólogos, padres y maestros del Concilio Vaticano II: K. Ranher, I. Congar, H. Küng, Ratzinger, Lercaro, Frings, Doefner, Alfrink, König... Y, sobre todo, Juan XXIII y Pablo VI. Viví y me hicieron mella esos aires de primavera eclesial.

¿Qué supuso el Concilio en tu visión teológica y pastoral?

Venía caminando en esa línea, a pesar de que todavía nuestra formación en el Seminario, en la década del 50, era todavía tradicional. El Concilio me confirmó en los caminos que había intuido; sobre todo, me enriqueció poderosamente con todas las aportaciones humanas, sociales, teológicas, intuiciones pastorales. Ese enriquecimiento te llevaba a sintonizar, conectar con los nuevos tiempos, con la mujer y

el hombre de hoy. Serena y sosegadamente fui corporeizando los fecundos contenidos del Vaticano II, en todos los campos.

Me encontraba en mi ambiente, y sentía el Espíritu. Me familiaricé con todos los documentos, participé en cursos, cursillos, charlas, meditaciones conciliares... De verdad, estrené el Concilio con un espíritu abierto al Espíritu, buscando por dónde quería llevar el Señor a su pueblo, en esta coyuntura histórica. Más tarde, cuando me llamo el Nuncio Dadaglio, para comunicarme que Pablo VI me había nombrado Obispo de Palencia y me dijo: "Pablo VI nombra Obispos que hayan asimilado las coordenadas del Concilio Vaticano II", caí en la cuenta de lo que significaba asimilar y corporeizar el Concilio.

¿Cómo reaccionaste ante tu nombramiento como Obispo de Palencia?

Me costó aceptar; nunca lo había pensado. Le dije al Nuncio: "quiero ir a la Misión, *ad gentes*". Recuerdo que me dijo: "Eres joven -tenía 43 años-, tienes tiempo todavía para ir". Luego cuando tomé la decisión de renunciar a Obispo de Palencia para venir de Misionero, se lo recordé y se reía. Mi reacción fue sencillamente realista, no me veía a la altura, más bien pequeño, pero me fié de Dios y dije sí. Y tomé en serio aquel dicho de san Agustín: "Con vosotros soy cristiano y para vosotros soy Obispo". Y a trabajar, a orar, a estudiar.

¿Cómo entiendes la misión de un Obispo en la Iglesia?

El Obispo, ante todo, es persona humana, madura, creyente por convicción, "amigo fuerte de Dios", hombre de contemplación; hombre de largas horas de oración y estudio. Sigo el consejo de los pastora- listas: "me dediqué tanto tiempo a la oración y al estudio, como a la pastoral directa". Muy importante preparar todas las intervenciones, homilias, reuniones, pastorales... Para ello es necesario horas pro- longadas de oración y estudio.

Desde ahí ser Pastor en los sacramentos, catequesis, celebracio- nes, acción social y caritativa, en la presencia múltiple en todas las reuniones pastorales, religiosas, culturales, siempre que podía; com- partir los acontecimientos del pueblo de Dios, estar y encontrarse con el pueblo en todas las circunstancias de la vida, alegres, tristes, pro- blemáticas. Discernir con la comunidad los gestos proféticos que debe hacer un Pastor.

Todos los gestos de un pastor son significativos; por ejemplo, dejar el Palacio Episcopal e ir a morar en un piso modesto, como cual- quier cristiano. Se dan gestos que provocan signos fuertes de la soli- daridad. Una palentina, que vivía en Madrid, cuando visitaba Palen- cia, le decían: tenemos un Obispo atípico, por las mañanas se prepara su desayuno, va a la tienda a comprar el pan y la leche. No quedó ahí, cuando hizo el testamento dejó dos pisos, uno en Madrid y otro en Torreveja, para la Misión de *Hombres Nuevos* en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia).

Aplicaba aquel principio del Derecho Romano que hicieron suyo papas de la Edad Media, bastante autoritarios: "Lo que es de todos, por todos se debe ser resuelto". Una Iglesia de comunión y partici- pación. Apoyaba todas las pastorales de frontera: Pastoral Obrera,

Juvenil, JEC, Manos Unidas, marginados, gitanos... En colaboración con las instituciones civiles.

¿Cuáles deben ser, según tu experiencia y tu opinión, los centros de atención del ministerio episcopal?

Ante todo compartir las Escrituras. El primer fruto del Sínodo Diocesano fueron los 4.000 cristianos palentinos que comenzaron un catecumenado de iniciación a la Biblia. Toda Diócesis debe tener un escriturista, un teólogo y un pastoralista. Constituyen tres figuras relevantes e insustituibles. Lo afirmo por experiencia. En mi Diócesis, mientras fui Obispo, durante 13 años, el escriturista Antonio González Lamadrid, el teólogo Luis Ángel Montes Peral y el pastoralista Donaciano Martínez Álvarez marcaron el ser, el hacer de la misión, cada uno a su estilo. Con Antonio también tuve a otro notable escriturista, Miguel Salvador y como teólogo a Quintín Calvo. Estos pilares le son indispensables al pastor, que evangeliza y necesita ser evangelizado.

No me perdía ningún encuentro de jóvenes, niños, enfermos, ancianos. Mi obsesión era que los pobres ocupasen el centro de la mesa, como nos enseñó Jesús. Seguí este lema: Cuida a las personas, que las personas cuidan las obras, la pastoral, la educación en la fe... No pueden faltar las palabras proféticas, aunque incomoden a algunos. Cuando la Guerra del Golfo Pérsico, no dudé en cuestionar qué pintaban los barcos españoles en el Golfo.

Yo cuidaba las presencias en las comunidades de vida religiosa, la visita a los enfermos y el viaje misionero a países de América Latina para encontrarme con los misioneros palentinos. Palencia tenía entonces 1.105 misioneros en los cinco continentes. Como responsable de los Obispos de Castilla de la Misión Regional del Chira, en Perú, estaba en contacto permanente con ellos y les visitaba en Perú y en España.

¿Qué consecuencias pastorales debería tener una auténtica corresponsabilidad de los laicos y de los sacerdotes con el obispo en la marcha de la Iglesia local?

Lo que afirmo aquí lo hago desde la experiencia pastoral personal. Parto de un hecho. Para formar el Consejo Pastoral Diocesano reuni al Consejo Presbiteral, el Consejo de Religiosos, el Consejo de Laicos y en diálogo y clima de oración y discernimiento configuraron el Consejo Pastoral Diocesano (identidad, objetivos, los números de miembros de cada Consejo, competencias, acciones...).

Cuando funcionan los Consejos Pastorales, en todos los niveles la corresponsabilidad eclesial viene sola y se asegura. Otro ejemplo positivo: los Encuentros Eclesiales de cada Zona Pastoral (iqué pena, ahora se ha vuelto a la terminología vetusta que hoy no dice nada, la de arciprestazgo, que había sido renovada en el Concilio con la denominación de Zonas Pastorales!). En dichos encuentros participaban los sacerdotes de cada Parroquia, representantes de las comunidades religiosas y laicos de todos los grupos que funcionaban en cada comunidad parroquial y siempre animaba estos encuentros el Vicario de Pastoral y el Obispo. No terminaría de contar resultados.

¿Qué aspectos positivos destacarías de tu servicio episcopal en la diócesis de Palencia?

En la comunidad diocesana existía un aliento, un espíritu, una mística, un talante humano y humanizador, evangelizador, solidario. La comunidad hacía al Obispo y el Obispo de alguna manera contribuía a edificar la Iglesia local. Una cosa que se olvida a veces por el aparato institucional es que nos queríamos, había cariño, alegría, esperanza, se alentaba, se vivía en cercanía, nos sentíamos en familia, comunidad; "éramos un solo pueblo". Nos perdonábamos. Quería a los sacerdotes y me sentía querido por ellos. Y lo mismo con los religiosos y los laicos.

¿Cuáles fueron las experiencias más duras y difíciles de tu ministerio episcopal?

Desde los planteamientos anteriores las dificultades que se te plantean son las normales e inherentes a la vida. Sufrí cinco secularizaciones de sacerdotes; en cambio, tuve la consolación de ordenar 50 sacerdotes. Me sentí muy afectado en el funeral de tres mineros asfixiados en la mina. Un momento desagradable en una diócesis pequeña era a la hora de hacer los nombramientos de sacerdotes. Una parroquia te la pedían varios y sólo se la podías dar a uno. Eso creaba incomprendiones y disgustos.

¿Por qué dejaste de ejercer como Obispo?

Por dos razones. Una, teológica: "sólo preside el que sirve", decía san Agustín. Tenía miedo de que después de esos años de Pastor, ya no sirviera. Y otra razón coyuntural. Creo que los servicios deben ser todos temporales. En trece años te da tiempo a realizar todo lo que puedes hacer tú. Es mejor dar paso a otro que lo puede hacer mejor. Y quería cambiar de servicio, entregarme a los más pobres, como lo puedo hacer aquí en Bolivia.

III. LA MISIÓN CON LOS POBRES

¿Cómo surgió la idea de irte a trabajar con los pobres en el Tercer Mundo?

En mi seguimiento de Jesús era un paso, otra etapa en el itinerario. Los pobres constituyen parte de mi ser. Se trata de una opción vital. No tiene sentido mi vida si no es dedicándome a su promoción y liberación integral. Jesús dio la preferencia a los pobres. El amor al Padre y a los pobres es nuclear en el Evangelio y en el anuncio del Reino.

¿Por qué te fuiste a Bolivia? ¿Cómo aterrizaste en Santa Cruz de la Sierra?

Vine a Bolivia para dar unas charlas a los agustinos y me cautivó este país. En el ranking de países pobres, Bolivia es el penúltimo, después de Haití. Llegamos a Santa Cruz de la Sierra, porque cuatro Obispos de Bolivia nos rechazaron. Según ellos decían, ¿cómo iban a admitir a un Obispo partidario de la teología de la liberación? En cambio, el cardenal Julio Terrazas nos admitió con los brazos abiertos. Y aquí estamos, encantados de la vida en este barrio marginal, en la Parroquia *Hombres Nuevos*, en la que trabajamos Alfonso Gonzalo, párro-

co, Germán García, medio año largo, José Cervantes, otro medio año. Somos párrocos solidarios.

¿Cómo empezó el proyecto de Hombres Nuevos en el barrio del Plan 3000?

Aquí nos mandó el arzobispo Julio Terrazas. Empezamos escuchando a la gente, constatando sus necesidades reales y sentidas. Nos insistió el Arzobispo y las Dominicanas en que era necesario un Centro de Niños Desnutridos y por ahí empezamos. En un barrio que no tenía agua potable hicimos un pozo de 160 metros. Así empezamos y hoy somos un proyecto con un fuerte impacto transformador.

¿Cuáles son los datos más relevantes de la situación de los pobres en ese inmenso barrio?

En nuestro barrio marginado la pobreza hace estragos; es muy severa, injusta y cruel. Un 64% de la población vive en estado de pobreza y un 37% en situación de extrema pobreza, según datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE). Nuestra gente vive en piezas de 16 metros cuadrados. Son muchos los niños que no comen al mediodía y, desde luego, la mayoría de ellos desayuna un "pancito" y un "tesito". Para nosotros la pobreza ya no es *un* problema, sino *el* problema de la humanidad. Con todo, una lectura humana de los pobres nos ofrece aspectos muy positivos, como sus valores humanos, espirituales, sociales, solidarios y cristianos... La experiencia del pobre tiene otra cara. El pobre tiene posibilidades, instintos, tiene un modo de sentir, de pensar, de amar, de sufrir, de rezar... Tiene posibilidad de ser persona. Y cuando se le da la oportunidad lo consigue.

¿Cuáles son los principales desafíos de la tarea misionera con los pobres?

Resulta complejo, nada fácil. Muchas veces nos dicen los pobres: no nos comprendéis, porque vosotros no habéis sido pobres nunca. Es distinto ver la vida desde la pobreza que desde el bienestar. Lo primero es ponerte en su lugar, entrar en su piel, identificarte con ellos o, mejor, solidarizarte con ellos; aceptarles entrar en sintonía crítica; escuchar, dialogar con paciencia y desde su punto de vista; no se trata de consentir sin más, pero sí que se sientan comprendidos, escuchados, queridos... Aquí la tarea evangelizadora empieza por la promoción social integral. No puede haber anuncio liberador de Jesús sin suprimir todas las esclavitudes y pecados. Desde allí, acompañarles a descubrir el verdadero rostro de Dios, del Dios de Jesús. Tienen una sabiduría peculiar para descubrir los signos y huellas de Dios. Desde su religiosidad popular hay que discernir con ellos, hay que purificarla y llegar al compromiso serio, siguiendo un proceso gradual.

Resulta gratificante evangelizar a los pobres, no porque sean mejores que los demás, sino porque Dios los quiere por ser pobres, no por ser buenos.

Ante las múltiples necesidades básicas de los pobres, ¿qué prioridades se han ido estableciendo en vuestra acción?

Elevar la autoestima y el nivel cultural del barrio. No se da promoción sin escuela para todos, escuela de calidad y escuela que eduque en

valores. En Bolivia, con una población de ocho millones y medio de habitantes, un millón de niños y niñas en edad escolar no tienen escuela. Nuestro lema: "Ningún niño o niña boliviano sin escuela". No existe ningún programa sin formación. La capacitación es imprescindible. Cuidar siempre el diálogo, la participación, crear clima de comunión. Casas de puertas abiertas, como la casa del Evangelio. Desde ahí anunciamos la Buena Noticia de Jesús; representamos la evangelización, anunciamos el Reino. Fe y Vida. En la eucaristía celebramos la Vida y en medio de la vida abrimos la mesa de la Eucaristía, de la fraternidad.

¿Cuáles son los principales criterios de actuación en vuestra misión evangelizadora y transformadora?

Aplicamos unos criterios muy elementales, de los que estamos muy convencidos. Y después de trece años contamos que dan resultados:

- El pobre tiene derecho a una vivienda, escuela, hospital, templos si es creyente, instalaciones deportivas para el ocio... tan dignas como las de los ricos.

- Nada *para* el pobre sino todo *con* los pobres. No se regala nada. Todo el mundo tiene que aportar, colaborar..

- Salvar al pobre no es tanto darle el pan, como ayudarlo a enfrentar su propio destino... "Si me dieran a elegir entre el pan y la libertad... elegiría la libertad para luchar por el pan".

- Elevar la autoestima, el nivel cultural, despertar el sentido crítico, creativo. Se devuelve el protagonismo a los pobres a través de la capacitación, formación, educación en valores.

- La belleza siempre educa, libera, te trasciende: "¡Oh belleza, siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te amé, qué tarde te busqué!" y Anthony de Mello nos recordaba, "al pobre no sólo hay que saciarle el hambre de pan, sino también de belleza".

Entre la cultura de la insolidaridad y la cultura de la solidaridad: Cuando viajamos del sur al norte nos damos cuenta de que el norte, ciego y cómplice, vive tan tranquilo en un "sueño de cruel inhumanidad". La sociedad de consumo se mueve en la "cultura de la satisfacción", mientras en el sur vivimos sometidos a "la dictadura de la pobreza". En este mismo minuto se mueren de hambre 24.000 personas.

Proyectar una Iglesia con rostro joven. Diseñar una pastoral desde una Iglesia Misterio de Dios y Pueblo de Dios en comunión fraterna: una Iglesia Discípula, Familia de hijos y hermanos, una Iglesia inculturada, contemplativa, evangelizada con los pobres, promotora de comunión y solidaridad, con mayor protagonismo de laicos, jóvenes y mujeres, donde se ejerce la función crítica y profética, y no sólo de cara al mundo, sino también en su interior, estructura y vida propia. El teólogo de la teología de la política J. B. Metz afirmaba: "La Iglesia debe ser la institución de la libertad crítica de la fe".

¿Cuáles son los aspectos que más valoras de la teología de la liberación en Latinoamérica?

Aunque la Teología de la Liberación constituye un hecho sociopolítico, es mucho más eclesial y teológico. Por su propia naturaleza es una

reflexión de la fe con miras a la evangelización, a la pastoral y a la comunidad. Juan Pablo II, en un mensaje a los Obispos de Brasil el 9 de abril de 1986, les escribió: "La Teología de la Liberación no sólo es oportuna, sino útil y necesaria".

La Teología de la Liberación nos habla de la práctica liberadora de la fe cristiana, el respeto a la vida, la defensa de los derechos humanos, la opción por los pobres, esa nueva presencia o irrupción de los pobres en la historia. Los que durante siglos estuvieron "ausentes", comienzan a estar "presentes". El pobre aparecía como masa anónima. En cambio hoy se valora la presencia del negro y del indígena, sus valores autóctonos, culturales.

Esta irrupción del pobre también se da en la Iglesia. Esta irrupción del pobre en la Iglesia es precisamente la teología de la liberación. Si en la Iglesia no hubiese habido comunidades eclesiales de base, no tendríamos la teología de la liberación. "Por definición esta teología pretende ser una reflexión sobre una práctica. La Teología de la Liberación es una expresión del derecho del pobre a pensar, a reflexionar su fe", escribe Gustavo Gutiérrez.

También me llama mucho la atención este otro dato de la teología de la liberación: La experiencia de Dios en el pobre y ver en el pobre a Dios, pues el Señor es el rostro de los pobres y Dios en el rostro de los pobres se constituye como la experiencia fundante de la Teología de la Liberación. En definitiva, el fundamento último de la Teología de la Liberación se pone en la gratuidad del amor de Dios. Y esa gratuidad es tremendamente exigente de justicia y liberación. Y concluye Gustavo Gutiérrez: "La Teología de la Liberación es un intento de hablar de Dios desde los pobres de este continente de América Latina".

¿Qué lugar ocupa la teología de la liberación en vuestra Misión de Hombres Nuevos?

Inspirados en la Teología de la Liberación, para *Hombres Nuevos*, el pobre no es objeto de atención, sino sujeto y protagonista. Siempre decimos e intentamos no devolver el protagonismo al pobre sino reconocerle ese protagonismo. Hemos dado ese paso de que el pobre "esté" como objeto a que "sea" sujeto. Intentamos que a partir de los pobres el mensaje de Jesús, Dios aparezca como Dios de la vida, Jesús, como liberador, y el Espíritu, como principio de libertad, de la Iglesia, como Pueblo de Dios.

Para nosotros el pobre es un lugar teológico preferente. El pobre es el lugar preferencial de la recepción de la interpretación y de la interpelación de la Palabra.

¿En qué ha cambiado tu visión de la vida a partir de tu dedicación total a los pobres?

No creo que haya dado cambio importante. Traigo una trayectoria muy motivada desde opciones profundas y sigo el camino del seguimiento de Jesús con las luces y fuerzas de cada momento. Al llegar aquí y meterte en esta realidad cruda y dura te golpea fuerte, te estalla la sensibilidad humana y espiritual, pero no cambias de visiones; te radicalizas más en las que tienes y sientes la fuerza de la llamada del Señor desde el grito de los pobres. Por ahí veo la propuesta.

IV. EL PROYECTO DE HOMBRES NUEVOS

¿Qué es actualmente Hombres Nuevos?

Hombres Nuevos es una modesta alternativa posible y real, que colabora en el plan de lucha contra la pobreza. Quiere ser una respuesta eficaz a los pobres, que aspiran y luchan *por un desarrollo para todos*. Quiere ser un espacio en donde hablen los pobres, en donde se escuchen a los grupos marginados, en donde se tome conciencia de que hay demasiada gente pisoteada en su dignidad, que no tienen el mismo desarrollo humano. Así, el Proyecto *Hombres Nuevos* es una apuesta evangelizadora tiene una espiritualidad y una mística y adquiere relevancia en la realización de todos sus proyectos.

El anuncio liberador de Jesús, en el ámbito eclesial, lo planteamos desde estas dos coordenadas: Dios e interioridad. "En el interior del hombre habite la verdad". La verdadera evangelización, según palabras de Pablo VI, exige una promoción integral de *todo* el hombre y de *todas* las mujeres y hombres (EN 31).

Un proyecto sin mística es un pájaro sin alas. Nos movemos en una espiritualidad apostólica, entre la contemplación y la acción, entre el dinamismo espiritual y pastoral, que lleva las marcas de la Diaconía, del servicio. Desde América Latina cuatro notas marcan esa espiritualidad: Ser discípulo, ser profeta, en fraternidad para la misión y "pasar del éxodo al exilio", es decir: pasar de una situación donde se ve claro el objetivo (tierra prometida) y la estrategia (salir de Egipto y cruzar el mar Rojo), a una situación de impotencia, en medio de una cultura y un imperio económico todopoderoso, sin alternativas claras, sin líderes (exilio); y, sin embargo, el exilio es tiempo de purificación, de esperanza, de profecía, de espiritualidad.

Y concluyo, devolver el protagonismo a los pobres es luchar contra el fatalismo, la resignación, la desigualdad para recuperar la conciencia de su dignidad de personas humanas y de hijos de Dios. En el Proyecto *Hombres Nuevos*, somos cómplices del planeta mundializado, sin pobreza, porque estamos subidos en la *utopía*. Y la utopía es el horizonte que buscamos.

¿Qué pretende el Proyecto Hombres Nuevos en Bolivia?

Ser un granito más en esa conjunción de carisma para la evangelización en el ámbito de la Iglesia. No renunciamos a ser un lugar de anuncio liberador, denuncia profética y provocadora hasta llegar a esa Bolivia profunda, que está tan en el hondo, que no es fácil que aflore. *Hombres Nuevos* está siendo un referente por el modo y talante que tiene de evangelizar desde la promoción integral. Es una manera de mostrar que son posibles muchas cosas en Bolivia, sin la corrupción, y con coherencia, ética y el buen hacer generoso y entregado.

¿Qué tipos de proyectos y programas se están llevando a cabo en este momento en Hombres Nuevos?

Actualmente se están realizando Cursos y Talleres de formación de líderes, educación en la fe, catequesis familiar, promoción de grupos juveniles y su formación. Se están llevando a cabo programas de Comunidades Eclesiales de Base, de Formación del profesorado, Cur-

sos de Introducción a la Biblia, Construcción de Escuelas, la Escuela Técnica Superior de Teatro, Casa de Espiritualidad y de Encuentros Culturales y de Formación, Viveros de Microempresas para hacer pelotas, viviendas sociales. Están en marcha un Centro socio cultural juvenil, la casa de la Cultura, Agua Potable en la cárcel de Palmasola, en el internado de Cabezas; Reconstrucción de 50 escuelas de los barrios marginales. Y caminamos detrás de nuevos proyectos, que levanten esperanza en nuestro pueblo.

V. ACTUALIDAD DE BOLIVIA Y DE LA IGLESIA

¿Cómo ves la situación social de Bolivia en este momento?

Siendo realistas, bastante perturbada, sufriendo una inestabilidad y una gran convulsión. Nos asedian los paros, los bloqueos de las carreteras. Da la sensación de que un número crecido de bolivianos se levanta por la mañana y en vez de ir a trabajar se va al bloqueo, a paralizar el país. Cada día la crisis arrasa en los barrios, nuestra gente pasa hambre; y se le rompe el alma. ¡Teniendo tantas toneladas de gas, que el país se muera de hambre y necesidad...! Pero ésta es la triste realidad de Bolivia; así nos ocurrió con el estaño, el petróleo, la plata y el oro.

Con todo, no pierdo la esperanza ni la fe en los bolivianos. Tenemos muchos recursos: tierras de cultivo productivo y bosques entre los diez mejores del mundo; y lo mejor de Bolivia son los recursos humanos, el pueblo boliviano es paciente, sufrido, trabajador, hospitalario, resistente... El día que se le dé oportunidades sale adelante. Así lo creemos los que creemos y acompañamos a este pueblo a crecer y hacer historia.

¿Quiénes son los principales responsables de que Bolivia sea uno de los países más pobres de Latinoamérica?

Pregunta compleja para expertos; desde mi pobre análisis rastrearé algún elemento de juicio. El mal ya viene de atrás, desde los centros coloniales, en donde los señores se servían de los siervos y desde las metrópolis mestizas, neocoloniales, en las que se imponen las oligarquías, que se sirven de los "pongos", palabra del quechua, *punco*. Y consistía en que un indígena trabajaba en una finca y estaba obligado a servir al propietario, durante una semana y a cambio le dejaba sembrar un trozo de tierra.

En las últimas décadas se han implementado políticas a concentrar los ingresos en un sector, sin pensar en políticas sociales y redistributivas. Entre nosotros, en Bolivia, clama al cielo la desigualdad. Efectos de esta desigualdad la acabamos de padecer en el Octubre Negro del 2003. Y constituye una amenaza permanente a la democracia, a la constitucionalidad, incluso a la unidad nacional.

El Banco Mundial advierte a Bolivia que debe corregir los altos grados de inequidad. Y sólo hay una forma de conseguirlo: aplicar un impuesto progresivo a los que más ganan... También sería importante que el gasto público se invirtiese en los sectores más pobres y hacerlo con mayor eficiencia y transparencia, sin corrupción. El acce-

so a la tierra es uno de los factores que originan la inequidad; por eso se hace necesario una política de tierras, al más corto plazo.

Creo que entre los responsables hemos de citar a la clase política que busca más sus intereses egoístas personales que el bien común de las clases empobrecidas y populares. Ellos, subidos en el dólar, desconocen olímpicamente que el pueblo se muere en la miseria.

¿Crees que es posible, por vía pacífica, una salida a los conflictos sociales que amenazan con la desestabilización del país desde febrero del pasado año? ¿Qué habría que hacer?

No soy politólogo, ni profeta. Es muy complejo. Los indicadores nos inducen al pesimismo; podría darse una salida pacífica; existe un caldo de cultivo, la gente ya no puede más, la crisis les atenaza... Pero yo creo en la sabiduría del pueblo, en sus resistencias. La clase dirigente tiene que abrir los ojos y, poseyendo las reservas de gas en nuestro subsuelo, debe haber soluciones. Creo que es importante tener encendidos los indicadores de esperanza, de realismo. Los creyentes abrigamos la convicción de que Dios no nos abandona; eso sí, a Dios rogando y con el mazo dando.

Mientras tanto, todos a arrimar el hombro; y, sobre todo, a invertir en educación. A seguir levantando escuelas. *Hombres Nuevos* construimos en el 2003 más de 5.000 puestos escolares. Eso es hacer patria, como seguir creando espacios para formar técnicos...

¿Qué papel está desempeñando la Iglesia de Bolivia en esta situación?

Excelente, gracias al buen hacer del cardenal Julio Terrazas. Pero distinguiendo dos niveles. A nivel de Conferencia Episcopal, cuyo Presidente es monseñor Julio Terrazas, la Iglesia está presente, acompaña, ofrece dialogo y sus buenos servicios a la clase dirigente política; eso sí, cuidando mucho no hacer injerencias en las competencias políticas y estatales. Su postura y su posicionamiento suele ser lúcido, con aportaciones serias, bien pensadas para favorecer la justicia, la equidad y la defensa de los derechos humanos. La Iglesia tiene liderazgo en Bolivia y el Presidente del Episcopado y Cardenal ejerce de referente y Profeta en los grandes temas de Estado con conflictos, pero desde la visión del evangelio.

La Iglesia es la institución social que goza de mayor credibilidad, tanto por el liderazgo de la Conferencia Episcopal y su Presidente, como por la presencia multiplicada en todos los barrios marginales, sus obras sociales y de promoción. Con algunas reservas, no afirmaré tanto, como acabo de expresar, si me refiero a algunas comunidades católicas, parroquias, colegios, etcétera. No todos, sólo algunos. ¿Qué quiero decir? Lo siguiente: Me parece que en Bolivia, a nivel de Iglesia, de pueblo de Dios, de sacerdotes, de religiosos, de laicos, nos está faltando una corriente de pensamiento más cuestionadora, más interpelante, más provocativa. Echo en falta una intelectualidad que, desde el Evangelio, aporte visiones críticas sobre las realidades que vivimos en el país, sea a nivel de derechos humanos, de corrupción, de abandono de los indígenas, de los más empobrecidos. Se necesita una crítica valiente; foros que planteen problemas políticos, visiones económicas.

Por otra parte, también se constata a niveles generales que falta más denuncia profética en las comunidades cristianas y más gestos proféticos. Por ejemplo, mientras se está padeciendo tanta hambre en los barrios periféricos, sin embargo, las parroquias del centro no financian comedores populares infantiles. Lamentablemente no existen puentes del centro hacia la periferia en línea de solidaridad, de compartir y de comunicación de bienes.

¿No debería promover la Iglesia boliviana una mayor concienciación de la responsabilidad social y política desde sus estructuras educativas y pastorales?

Claramente, sí. La pobreza de nuestra gente clama al cielo. Esta desigualdad social es un pecado de lesa humanidad. No es justo. No se puede consentir el convivir con tanta miseria. Unos subidos en el dólar, otros sometidos a la dictadura de la pobreza. El tema de la pobreza y de los pobres que la padecen está reclamando que todo el pueblo de Dios se convierta, se coloque en el anverso de la historia, salga de sus "palacios", de sus ansias de poder, de sus ideologías materialistas, consumistas, de derroche para que el Evangelio de los excluidos, sea la Buena Nueva de la liberación de todas las esclavitudes y pobreza.

*¿Cómo ves la situación de la Iglesia, en España y en el mundo?
¿Por dónde tendría que ir?*

No se puede generalizar ni emitir opiniones globales, porque en cada Continente o país tiene sus propias características. Son situaciones diferenciadas, realidades tan diversas, que la problemática tiene sus diversas complejidades y no se pueden emitir juicios de valor, porque eso sería injusto e inexacto.

Lo más que te puedo decir son sensaciones, impresiones, comentarios que oyes, pero el hecho de estar tantos años fuera no te permite hacer juicios ni siquiera aproximativos. Me duele oír excesivas afirmaciones poco favorables al pueblo de Dios en su conjunto: "se ha vuelto a prácticas de antes del Concilio", "se ha perdido el aire fresco de Juan XXIII", "se impone lo institucional sobre lo comunitario y carismático", "se vive de espaldas a la realidad secularizada o empobrecida".

No se adivina por dónde evangelizar en tiempos de globalización, ante los nuevos signos de los tiempos. Te encuentras con mucha gente decepcionada, sobre todo en el laicado más comprometido. El diálogo del pueblo de Dios con el mundo no ha llegado a las cuotas previstas en aquella maravillosa encíclica de Pablo VI, *Ecclesiam suam*. No se están aplicando a los graves problemas de la Humanidad las líneas, intuiciones y visiones del concilio Vaticano II.

Como talante se da la impresión de que se camina contra la corriente de la historia. Con esto no niego los avances, los gestos, sencillos y proféticos, de miles de creyentes católicos y de algunas instituciones eclesiales. Por otra parte, si me fijo en la Iglesia en Bolivia, puedo afirmar todo lo contrario. Es la institución de mayor credibilidad del país. Está con el pueblo, es pueblo, sirve al pueblo y se constituye en referente del pueblo.

Si somos Iglesia-fraternidad, Iglesia Misterio de Dios y pueblo de Dios en comunión fraterna, el diálogo y escucha de Dios tiene que hacerse, en la Iglesia, diálogo y escucha valiente, crítica abierta, sincera, participativa, fruto de la comunión y la participación. El Espíritu Santo está presente en todos los carismas, nadie puede acapararle. Hay que volver a la exégesis crítica, a las fuentes de la historia; hacer nuevas lecturas de los signos de los tiempos. No podemos seguir mirando al pasado, no debemos convertir la frescura, la transparencia del Evangelio en ideologías perocederas sólo para mantener el poder. Estimo que aquel postulado de las "reformas en la Iglesia", de tanta vigencia en los tiempos del concilio Vaticano II, hoy es más prioritario que entonces.

Leo con fruición la lección que nos brinda uno de los mejores analistas eclesiales de ayer y hoy, Lorenzo Gomis, en *El Ciervo*, la mejor tribuna de pensamiento, fidelidad creativa eclesial, antes y después del concilio: "...Y el Espíritu Santo no es un consejero cortesano al oído de los poderosos, sino un viento universal que levanta los tejados y se mueve tan a gusto o más en las parroquias que en las curias. Karol Wojtyła ha sido un Papa de gran categoría humana y mucha fe, pero no ha conseguido tener una Iglesia abierta, alegre y confiada en la providencia de Dios. La Iglesia Romana aprendió mucho de los viejos emperadores, pero poco de las Democracias modernas...".

Peter Hünermann pone el dedo en la llaga, aunque no se quiere ver. Las dificultades de la Iglesia en parte pueden tener su origen en la conflictiva confrontación con algunos aspectos centrales de la cultura moderna y postmoderna. La organización institucional de la Iglesia está aún muy marcada por la antigua concepción europea de la sociedad. A modo de ejemplo, hasta Juan XIII los derechos humanos no son un referente central en la ética social católica.

Hoy sí tenemos que preguntarnos: ¿dónde están los profetas? Los pocos que quedaban van desapareciendo. ¡Qué pocos gritos proféticos se oyen hoy, si lo comparamos con aquellas voces proféticas del concilio Vaticano II, fruto del grito profético del incomparable papa Juan XXIII!

Y concluiría con nuestro Credo de *Hombres Nuevos*: Confesar al Dios de la vida supone:

*Encender luces y apagar sombras,
reducir fronteras a la pobreza.
Levantar esperanzas, ser pueblo,
hacer fraternidad, caminar juntos,
haciendo pequeños relatos liberadores con los pobres.
Así caminamos hacia nuestra AMERINDIA,
poblada de mujeres y de hombres nuevos,
en busca de una nueva vida digna y plena para todos.*